

Biblioteca-Film

¿DONDE ESTAS, HIJO MÍO?

Núm. 12

50

cénts.



Virginia True

Cullen Landis

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

PUBLICACIÓN DECENAL

REDACCIÓN:

Urgel, 40, 2.º, 2.ª



Teléfono 3028 - A

BARCELONA

¿Dónde estás, hijo mío?

Comedia dramática interpretada

POR

Virginia True Boardman

EXCLUSIVAS: EMPRESAS REUNIDAS, S. A.

Paseo de Gracia, 56

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Cansado de luchar, madre querida,
con la cínica y torpe indiferencia,
de ese mundo que acaba con la vida
sin mirarse a la luz de la conciencia;
muerto ya el corazón, y destruida
mi virginal y cándida inocencia,
sólo veo en redor tristes despojos
y se vuelven a ti mis yertos ojos.
¿Por qué no vi que en el placer impío
se ocultaba el veneno del hastío?

EUSEBIO SIERRA

PROEMIO

Cuando vemos a una madre que da el pecho a un tierno niño, sufriendo a veces agudísimos dolores; cuando la vemos acariciarle, estrechándole contra su seno y dirigirle esas frases que no se encuentran en ningún diccionario, que sólo las madres saben inventar y que por su misma incoherencia y por la extraña inflexión de voz con que se pronuncian, parecen hijas de un cerebro calenturiento, y es que marcan el paroxismo del amor materno; cuando la contemplamos a la cabecera de la cama, velando el sueño del angelito, escuchando el ruido de su respiración, inmutándose si tose, sonriéndose si mueve sus manecitas o sus labios; cuando la vemos azorada ante su niño atacado por una de esas leves afecciones peculiares de la primera edad, prodigándole con dolorosa coquetería todos los cuidados y todos los recursos de la terapéutica casera, siguiendo con ávido interés los progresos del mal, o los saludables efectos de la medicina, y alternativamente llorando y riendo, según que se agitan en su espíritu las dudas, los temores o las esperanzas; cuando vemos a esta mujer *que sabe ser madre*, pensamos: ¿cómo pagará esa criaturita a su madre todo el desvelo, el sacrificio, el desinterés, el inmenso amor que ella derrocha para que su hijo se desarrolle sano, para educarlo, para hacerlo útil a la sociedad?...

¡Qué mal corresponden los hijos, en general, al amor de las madres!...

¡Qué tristeza para una mujer *que ha sabido*

ser madre ver a su hijo huir lejos de su regazo para echarse en brazos de un amor impuro, de una vendedora de cariño!...

¡Qué remordimiento y qué responsabilidad para una madre *que sólo ha sabido ser mujer*, cuando su hijo, por falta de la irreemplazable educación materna, se extravía al llegar a la edad púbera!...

Perdido está irremisiblemente—en tesis general—el joven que zozobra en el mar proceloso de la vida, por falta de principios morales que no le infundió *la madre que sólo supo ser mujer*; porque, ¿qué fuerza de atracción tendrá sobre el corazón de su hijo la que ha perdido su ascendiente moral?

Cuando, por circunstancias fatales de la vida, la *mujer que ha sabido ser madre* tiene la desgracia de perder el amor de su hijo, fácilmente logrará aquella rescatarlo al falso amor que le robara su cariño: bastará, a veces, que halle eco la voz de la madre, en el corazón del hijo.

Santa Mónica, prototipo de madres, tuvo la inmensa pena de ver a su hijo extraviado en los senderos de la maldad; mas bastó, para sacarle de la ciénaga del vicio donde se había hundido, que repercutieran en el alma del hijo extraviado aquellas palabras de su santa madre: —¿Dónde estás, hijo mío?...

I

La campana de la iglesia—nimbada por un velo tupido de blancos copos de nieve, que poco a poco iban cambiando el color del paisaje—voltea alegremente llamando a los fieles a la

ceremonia religiosa para conmemorar la hora venturosa del nacimiento del Niño-Dios.

Cuando el reloj de la torre da las doce de la noche, están reunidos en el templo, rodeando el árbol de Navidad, cargado de golosinas, todos los habitantes de Spring-Hill, pintoresca aldehuela de los Estados Unidos, situada cabe el río Spring, en el condado de Lawrence.

Al dar la última campanada de las doce de la noche, los armoniosos acentos del órgano—al preludiar el emocionante ¡Noël!... de Adolphe Adam—, conmueven a la concurrencia: *Noël, Noël es la hora misteriosa, en la que el Salvador, hecho niño, bajó hasta nosotros.* Y todos los fieles, con un solo corazón y unidos en una misma creencia, entonan el místico cantar. Y los ecos de sus voces, juntamente con las armonías del órgano, piérdense en las bóvedas del templo.

La organista, la viuda Marta Beecher, ha sabido comunicar al instrumento músico que compulsa, los acentos de la piedad más tierna, y la expresión del sentido místico de las palabras del cantar sagrado que acompaña.

Al lado del maestro de escuela se sienta una señora que, a grito pelado, y con una voz de guacamayo, rompía el tímpano de sus vecinos.

—Señora—murmuró el Dómine al oído de la vieja, arrugando la frente y tapándose los oídos—, que me está usted asordando.

—¿Dice usted?—interrogó la beata acercándose a su interlocutor y alzando la voz más de lo conveniente dado la santidad del local.

—Que me va usted a matar el gusanillo.

—¿Que me vaya a tocar el organillo?

—¡Al cuerno!...

—¿Al infierno?

—¡Que no berree usted tan fuerte!

—¡Gracias!

La pobre señora era sorda como una perola. Después de callar el órgano y los fieles, aun dió unos berridos con toda la fuerza de sus pulmones: —¡Noël!... ¡Noël!...—cantaba la señora, causando la hilaridad de todos los concurrentes.

Quienes más se divertieron con la extemporánea salida de tono de la vieja sorda, fueron el hijo de la organista, Juan Garry y Aurora Ower, una pobre huérfana, cuyo padre adoptivo, Silas Rudge, era el único tendero y el más rico propietario de la aldea.

Tal ataque de risa cogió a los dos muchachos, que se vieron obligados a salir de su sitio y guarecerse detrás del órgano, para no escandalizar con sus estridencias a los devotos asistentes a los oficios divinos.

Aurora contaba quince abriles. Era la muchacha más linda de la aldea y desde muy niña había simpatizado con Juan Garry.

Este había cumplido diez y seis años y era la admiración de todas las muchachas del villorrio por su carácter abierto y decidor y por su habilidad en los deportes, cuyo campeón era en los diferentes concursos celebrados en la localidad.

Se acurrucaron ambos jóvenes detrás del órgano reteniendo las estridencias de la carcajada pronta a estallar.

—¡Calla, Aurora—amonestaba Garry—, que el ministro ha empezado ya el sermón y nos van a arrojar del templo!

—¿Dónde vamos a ir a estas horas si nos echan de aquí?

—Aquí, los dos juntitos, estamos mejor que en la iglesia—decía Garry arimándose aún más a su amigueta, mirándola fijamente.

—Si nos ve tu madre...—advirtió Aurora, sin terminar la frase.

Callaron. La voz del pastor llegaba hasta ellos como un eco; pero sin que perdieran ni una palabra: *Sí, hermanos míos—peroraba el viejo ministro—, es un misterio de amor que se opera en el nacimiento de Cristo; nació en mísero establo por amor a la criatura mortal y deleznable; vivió pobre por amor; y por amor murió en una cruz. ¡Oh, el amor de Cristo!... ¿Qué es amor?... ¡Otro misterio!... El amor se siente y no se define. Es tan poquita cosa el hombre para penetrar el gran secreto de la naturaleza. Sin embargo, la naturaleza toda nos predica amor: la luna que vaga majestuosa en un mar inmenso de azul; la blanca nubecilla que flota en la región de las estrellas; el aroma de dos violetas confundidas por el céfiro; el murmullo de la fuente interrumpiendo el melancólico silencio de la noche; el dulce trino de dos ruiseñores que se dicen sus querellas; el tierno arrullo de las tórtolas; la gota de rocío desprendida del cielo sobre el cáliz de una flor; y el zumbido de la abeja, y el balar del tierno recental, y el mugido del buey, y la fragancia de las florecillas campesinas, y la mirada candorosa de dos jóvenes, y la naturaleza toda, con sus innúmeras bocas, nos define con elocuencia el amor.*

Hizo una pausa el predicador. Garry y Aurora estaban embelesados mirándose tierna-

mente. Ahora sabían lo que era el amor. Se querían; pero nunca se lo habían dicho, y ese silencio de los dos jóvenes era la mejor declaración de amor; por la sencilla razón de que cuando el hombre siente mucho habla poco o no habla.

No hay nada más poético ni más grandioso que el amor de dos personas que nunca han hablado de amor y que se sienten mutuamente atraídas por ese fluido simpático inexplicable. Y es que como las palabras son el perfume de la flor del cariño, no quieren ni aun perder ese perfume. ¿Qué importan los sonidos de los labios si se establece el contacto simpático de dos corazones?

«El amor puro—ha dicho un autor—funde dos almas en una: *Amor-sentimiento* constituye virtud; no *amor-sensación* que constituye el más vergonzoso de los vicios.»

Terminó el sermón. Sus corazones latían casi tocándose, bajo una misma impresión. ¡Qué bonito era el amor! ¡ellos se amaban! Estrecháronse las manos en silencio, en el transporte de una impresión nueva, desconocida.

Así se contemplaban embelesados, sin darse cuenta que la ceremonia religiosa había terminado. El órgano, como despedida, hacía oír los ecos de un villancico pastoril mientras los fieles salían del templo.

El padre adoptivo de Aurora, Silas Rudge, buscó a la niña inútilmente. Acercóse a Marta Beecher que cerraba el teclado del órgano.

—¿Ha visto usted a mi chica?

Antes de recibir contestación vió unos pies que salían de detrás del órgano. Acercóse y vió a los dos muchachos sentados en el suelo,

con las manos entrelazadas mirándose como dos tórtolos.

—¡ Bien, muy bien !... ¡ Muy bonito !...—exclamó el señor Rudge poniendo los brazos en jarras y meneando la cabeza en señal de comprensión—, y yo buscándote por todas partes.

—Pues ya usted ve, estábamos aquí—observó Juan Garry incorporándose.

—¡ Oh, ya lo veo, ya !...

—Es que nos hizo reír la señora Mayer, la sorda, y para no escandalizar...—añadió Aurora levantándose también.

—¡ Buenos pájaros estáis hechos !... Vamos a casa... Y tú con tu madre.

Fuéronse, Aurora con su padre adoptivo, Juan Garry con su madre.

II

Al día siguiente, sin haberse citado previamente, volviéronse a encontrar Juan y Aurora al lado del río Spring.

—¿ Recuerdas, Aurora, el sermón de esta noche pasada ?

—Para sermón, el que me ha echado el señor Rudge esta mañana.

—¿ Te ha regañado ?

—Me ha endilgado un Soponcio que ni el pastor... Y me ha prohibido que me ponga a tu lado en el templo durante las ceremonias.

—Bueno ; con tal que no te prohíba venir conmigo al campo... Oye, Aurorita, ¿ verás que era bonito aquello que nos predicó ayer el pastor ?

—¡ Ay !, sí... aquello de la luna, y el mar...

—Y... los peces de colores...

—Y la nube blanca, y las violetas, y el murmullo del agua, y el canto de los ruiseñores, y...

—Desde que oí ese sermón pareceme, Aurora, que el anhelo que siento por ti debe llamarse amor, porque es algo así como luz de la luna, nubecilla que flota en el cielo de mi alma, fragancia de violetas, murmullo de fuente, trinar de aves, arrullo de tórtolos, gota de rocío... ¿ Ves esta margarita tan hermosa ?—preguntó Juan a su amiga arrancando dicha flor—. Pues tú me pareces más hermosa aún que esta margarita.

—¡ Juan !—exclamó la niña suspirando y tomándole las manos.

—¡ Aurora !—exclamó Garry mirándola en los ojos al propio tiempo que entrelazaba la margarita en su dedo, a guisa de anillo—. ¡ Aquí tienes el anillo de prometida !

—Mira, mira—observó Aurora, viendo cómo una abeja se posaba sobre la corola de una florecilla—, ¿ ves esta abeja ?... También el pastor nos habló de ella en su sermón... Dijo que el amor era como el zumbido de la abeja.

—No, mujer, no, confundes a la abeja con la oveja que bala.

—La abeja, la abeja...

—¡ La abeja... a... a... ! ¡ ah !... ¡ ay !—gritó Garry echando a correr desesperadamente, como alma que lleva el diablo, dejando a Aurora con la boca abierta...

—¡ Juan, Juan !—clamaba la joven—. ¿ Qué te pasa ?

—¡ Ay !... ¡ Ay !—exclamaba Garry, volviendo hacia la joven con la misma velocidad llevándose ambas manos a las nalgas y bailotean-

do cómicamente cuando estuvo delante de ella.

La abeja que antes contemplaran le había clavado el aguijón en la parte más carnosa...

—¿Pero es que te entrenas para el concurso atlético?

—Sí, sí, para las carreras de velocidad.

—Pues me río yo del que tenga que luchar contigo.

—Y yo me río de la luna, de los peces de colores, de las abejas y hasta... del pastor...

—Pero no te rías del amor... ¿eh?...

—No, Aurora, no; ¿Qué me he de reír? Si estoy que rabio.

—Oye, Juanito, ¿y no querrás más que a mí?

—Nada más, nada más... por hoy...

Y Juan Garry emprendió una veloz carrera sin parar hasta su casa, como si temiese que otro aguijón se le fuese a clavar en sus carnes.

Días después, celebrábase en Spring-Hill un concurso singular. Los mozos de la aldea se disputaban el campeonato de tiro al blanco con flechas; pero con la particularidad que no podían emplear otro medio de impulsión que la boca... ¡Un concurso de sopladores!

Entre los concurrentes había candidato con tales pulmones que era capaz de mover con su soplo las aspas de un molino de viento; pero ¡cualquiera soplab a Juanito Garry!... Flecha que soplab a flecha que clavaba. ¡Y hay que ver a qué distancia estaban los sopladores del blanco, a unos veinte pasos!... Después de haber hecho diez impactos seguidos, fué proclamado campeón entre las aclamaciones de los vecinos.

Aun duraban los aplausos, cuando llegó a

pasar cerca de donde estaban reunidos los atletas, una señorita forastera llevando ella misma una pesada maleta.

—Garry—le dijo uno—, tú que ganas en todo, a que no eres capaz de llevar la maleta a aquella señorita.

—¿Por qué no?

—Apuesto una comida que no...

—Apostada—dijo Juan Garry con determinación, tirando al suelo las pequeñas flechas o dardos que tenía en la mano y yéndose al encuentro de la forastera.

—Señorita, yo soy el campeón—díjole Garry por todo saludo.

—El campeón ¿de qué?—preguntó la forastera con desparpajo, dejando la maleta en el suelo.

—El campeón... de los maleteros.

—Muy bien... Condúzcame, pues, al mejor Hotel.

—Sí, señorita; pero el caso es que antes teníamos un Hotel que podía competir con los mejores de la capital... pero se quemó hace veinte años... Ahora no hay en el pueblo más que una posada; precisamente ahora hallaréis albergue, porque no hay nadie.

—Vamos, pues, a la posada.

La recién llegada, llamada Ivoire Tyler, era corista de uno de los teatros líricos de Nueva York, a quien los médicos habían recomendado un mes de reposo en el campo, para apaciguar sus excitados nervios. Era una muchacha, más bien que bonita, muy elegante y vistosa, por lo bien maquillada. Tenía unos ojos grandes que sabía mover con tal arte que era capaz de hacer perder la chaveta al hombre más ecuaníme.

Juan Garry no había visto en su vida una joven tan bonita; o al menos así lo pensó él, confundiendo la gracia y belleza naturales, con la pintura y la coquetería.

¡Qué valían las más hermosas aldeanas, al lado de aquella Venus de carne y hueso, con brazos y todo!... Todas las de la aldea eran unos pingos... Hasta su amada Aurora, ¿qué era sino una pobre tendera siempre metida en conservas, especias y licores?...

Iba orgulloso al lado de aquella hembra tan elegante y hermosa, considerando como un alto honor para él, el llevarle la maleta.

¡Triste condición humana que el hombre se deje engañar casi siempre por las apariencias!

Mientras Juan Garry acompañaba a la artista, gozándose en su compañía, el que había hecho la apuesta con el campeón soplador, adelantóse a la tienda de Silas Rudge, en donde Aurora estaba encargada del mostrador, y dijo a la joven:

—Aurora, ¿quieres ver a tu novio?

—¿A Garry?

—Sí; asómate a la ventana y... ¡agárrate!...

—¿Dónde está?

—Aquí lo tienes... ¡y que no va mal acompañado!... ¡Vaya postín!

—¿Quién es esa señorita?

—Una neoyorquina que se ha enamorado de nuestro campeón.

—¡Y le hace llevar la maleta!... No temo la competencia... El día que llueva y se des-pinte... ¡valiente espantajo!...

—¿Es envidia?

—Es lástima.

Juan Garry, embebido en la contemplación

de Ivonne Tyler, no se fijó en Aurora. Esta dió poca importancia al episodio; mucha menos de la que iba a tener en el porvenir de Juan. La llegada de Ivonne a Spring-Hill iba a tener, en efecto, consecuencias fatales en la vida de Juan Garry.

Después de acompañarla al único posaducho del pueblo, Juan Garry e Ivonne Tyler salieron juntos. Esta, acostumbrada a vivir a espensas de sus admiradores, y aprovechándose de la admiración que veía causaba al joven, se hizo convidar por éste, quien la acompañó al único bar, que era la tienda de Silas Rudge, en donde Aurora, única dependienta, los recibió, preguntando, con cierto retintín de guasa:

—¿Qué desean tomar los señores?

Se sentaron ambos al mostrador.

Juan registró sus bolsillos y notó que los pocos centavos que poseía no le permitían ser tan espléndido como deseaba. Pero Ivonne, más despreocupada, al ver un cartel que decía: *Dulce amor especial, 15 céntimos de dólar*, preguntó señalando el cartel:

—Oiga, niña, ¿qué es eso?

—¿El *dulce amor especial*?... Un dulce riquísimo, especialidad de la casa.

—Pues sírvanos usted dos raciones.

—No, a mí no me gusta—observó Garry, temiendo que no le alcanzara su peculio para pagar las dos raciones.

—¿No?, pues sírvame a mí las dos.

Garry pensó: —¡Qué gorrón es esta niña! Aurora, entre dientes, murmuró: —¡Qué sinvergüenza!

Mientras Ivonne despachaba el *dulce amor especial*, dijo a la dependienta, señalando un

cartel que decía: *Dedos de doncella, 25 céntimos de dólar*:

—Niña, sírvanos usted dos *dedos de doncella* y...

—No, no—se apresuró a contestar Juan—; no los sirvas, Aurora; yo cuando me meto en la boca esos *dedos de doncella* me dan náuseas.

Y como Aurora se hubiese vuelto de espaldas a los dos jóvenes para alcanzar dichos *dedos*, Garry dirigióse a Ivonne en voz baja:

—Créame, señorita, no coma usted esa porquería, hace ya seis meses que esos *dedos* rueдан por aquí sin lograr venderlos.

—¡Vengan esos cinco, digo, esos *dedos*!—contestó la artista que parecía tener el apetito de par en par.

Juan empezaba a sudar la gota gorda; ¿cómo iba a pagar tanto gasto con tan poca moneda?... ¿Quién sabe?... Quizás esta señorita que era la que había hecho el dispendio, lo pagase.

En un momento de distracción de Aurora, preguntó Juan a la artista:

—¿Piensa usted quedar mucho tiempo en el pueblo?

—No lo sé... Depende de lo que me aburra.

—Ya procuraré yo distraerla para que no se aburra usted, pues me gusta usted una barbaridad.

—¿Sí?, pues... pague el gasto.

—Aurora, ¿cuánto es?

—Cincuenta y cinco céntimos de dólar.

Bien sabía Juan Garry que la cantidad de que disponía no llegaba a tanto, sin embargo, metió la mano en el bolsillo, encendiósele el rostro y con unas gotas de sudor como garban-

zos que le surcaban las sienes, buscó y rebuscó registrándose durante buen rato sin dar con las monedas. Ivonne Tyler miraba al joven sonriendo maliciosamente, mientras Aurora, temiendo que su amigo quedase en ridículo, aunque parecía merecer un desaire, quiso salvarlo de aquel compromiso, dándole una prueba de verdadero cariño:

—Juan, *el dulce amor y los dedos de doncella* no valen eso, me he equivocado, son sólo veinte céntimos.

—Hace usted bien en rebajar el precio—observó maliciosamente Ivonne—para calmar los nervios de éste...

—Se llama Juan—corrigió Aurora.

—Pues ya que Juan me ha convidado, voy a obsequiarle con un baile muy en boga en Nueva York.

Levantóse la artista y ejecutó una especie de shimmy con tal maestría, que Garry quedó prendado de la bailarina a quien contemplaba con gran admiración. Acudieron a la puerta del establecimiento bastante afluencia de mirones, quienes admiraron la destreza de la bailarina. Envidiosa Aurora del éxito logrado por la forastera, arrojó al suelo disimuladamente la corteza de un plátano; la bailarina la pisó y dió de narices contra el pavimento con gran alegría de Aurora y no poco sentimiento de Juan, que la ayudó a levantarse.

Poco tiempo quedó Ivonne Tyler en Spring-Hill, e hizo bien, porque Juan Garry empezaba ya a beber los aires por ella, sin darse cuenta de que la coqueta corista se burlaba de él a todo trapo y era una mujer con el corazón gastado.

Aurora sufrió con paciencia y resignación la indiferencia de Juan durante la estancia de Ivonne en la localidad y se alegró sobremanera al saberla alejada de Spring-Hill; pero no manifestó a su amigo ningún resentimiento por sus ligerezas; dando así prueba de un espíritu superior. Continuó Aurora frecuentando, como siempre, a la señora Marta Beecher, madre de Garry, y todos los días, cuando se cerraba la tienda, al obscurecer, iba a hacerla compañía, quizás más por simpatía al hijo que por cariño a la madre, si bien le daba pruebas de gran atención y afecto.

* * *

En un coquetón camerino del Teatro Olimpia, de Nueva York, conversaban tres coristas durante uno de los intermedios de la función de tarde, cuando llamó a la puerta uno de los avisadores:

—¿Señorita Ivonne Tyler?

—Dígame.

—Han traído esta caja con una carta para usted.

Ivonne leyó la carta y se descolgó con una estrepitosa carcajada.

—¿Algún admirador?—preguntóle una de las compañeras.

—Tiene gracia... Escuchad, escuchad... Es un pobre patán que se prendó de mí durante mi estancia en Spring-Hill. ¿A que no adivináis qué obsequio me manda?... Y yo que ni me acordaba de su estampa.

—¿Qué obsequio es?

—No lo acertaríais ni en un año.

—Nos damos por vencidas.

—Una docena de huevos... ¡Ja, ja, ja!... Escuchad.

Ivonne, entre grandes risas, leyó esta carta:

«Querida Ivonne: ¿Recuerda usted aquella gallina blanca que creíamos que no valdría nada?... Pues ahí tiene usted, ha puesto cuatro huevos: son los marcados con una cruz entre los doce que le mando en prueba del afecto que le profesa su amigo

Garry Beecher.»

—¡Pobre muchacho!—exclamó una de las coristas—. No te burles de él, pues ha creído hacerte una gentileza.

—¡Valiente obsequio!—replicó despectivamente Ivonne.

—Quizás sea más meritorio este regalo y hecho con más desinterés que los valiosos que te hace tu amigo Stuart Kilmer.

—¡Quita allá!... Lo que sobran aquí son huevos... Pasta, pasta y joyas...

Abrióse la puerta del camerino y apareció un caballero elegantísimo.

—¡Hola, amigo Kilmer!—saludó regocijadamente Ivonne echándose en los brazos del recién llegado—. ¿Dónde vamos a cenar hoy?

—Donde tú quieras.

—¿Vamos al Metropolitan Palace?

—Vamos.

—Ven, ayúdame a vestir...

III

Silas Rudge era un hombre bueno a carta cabal y tan rico como bueno. Había quedado viudo y sin hijos a la edad de cincuenta años.

Ya en vida de su mujer—muerta hacía diez años, lo cual quiere decir que el señor Rudge había cumplido los sesenta inviernos—, había adoptado por hija a la pequeña Aurora, que quedara huérfana y sin amparo de nadie a la edad de cinco años. La había educado y asociado a sus negocios, como única dependienta, al cumplir sus catorce años, hacía uno.

Era la tienda de Silas Rudge, la única que surtía *de todo* al pueblo: comestibles, bebidas, panadería, confitería, cacharrería, bisutería, objetos de escritorio, muebles, platería, todo, en una palabra, y además banco, pues todas las operaciones basadas en el crédito y en el ahorro las verificaban en casa del señor Rudge, no sólo los vecinos de Spring-Hill, sino también los de varios caseríos y pueblos aledaños.

Aurora era la encargada de la tienda y el señor Rudge llevaba la contabilidad y se ocupaba de las operaciones bancarias. Mas la edad avanzada de Silas Rudge no era la más a propósito para llevar solo la administración, y determinó buscar la colaboración de un dependiente. Aurora influyó para que fuera admitido como tal, su amigo, el hijo de la señora Beecher, la organista.

Hacía ocho días que Juan Garry estaba empleado en casa de Silas Rudge, cuando escribió a Ivonne Tyler, la carta que ya conocemos, acompañándole el obsequio de una docena de huevos.

Su espíritu estaba constantemente al lado de la corista neoyorquina, con menoscabo del afecto profesado anteriormente a Aurora, que había sufrido un fuerte quebranto. Sufríalo también, y no pequeño, el trabajo administrativo

que le incumbía, advirtiéndole el señor Rudge muchos errores en el trabajo del distraído dependiente; no bastando las amonestaciones de su principal a sentar la atención de Garry, cuyo espíritu estaba al lado de Ivonne Tyler.

Acabó de trastornar la chaveta la siguiente carta de la corista, escrita en tono de mofa; pero que él creía hija de un gran cariño:

«Señor Garry Beecher
Spring-Hill.

Mi querido Garry: He recibido tu *espléndido* regalo; y lo que me ha llenado de estupefacción es que aún te acuerdes de mí. Si alguna vez vienes a Nueva York tendré mucho gusto en recibirte en mi camerino del Teatro Olimpia. Tu afectísima,

Ivonne Tyler.»

El tono familiar que empleaba la joven y la invitación que contenía la carta, hicieron concebir a Juan Garry deseos de irse a la capital.

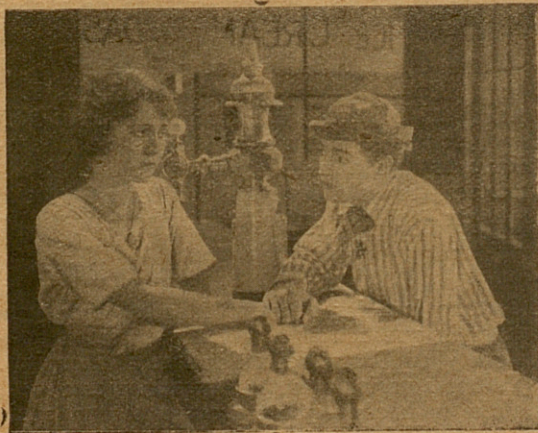
Ya hacía varios días que acariciaba esta idea, cuando un hecho—que era como consecuencia de su chifladura por la malhadada artista—vino a determinarle a poner por obra su deseo.

Por efecto de las distracciones de su empleo, tuvo el señor Rudge reclamaciones fundadas de la mayor parte de sus clientes; por cuyo motivo Juan Garry fué despedido de la casa; y esto le determinó irse a buscar trabajo a Nueva York; si bien el verdadero móvil de su determinación era juntarse con Ivonne, en la equivocada creencia de que la artista le quería.

Antes de manifestar a su madre su determinación, Juan Garry fué a comunicársela a Au-

ra, la cual se entristeció sobremanera. Cuando la señora Beecher se enteró del proyecto de su hijo, reconvínole:

—Pero ¿qué vas a hacer en Nueva York, sin conocer a nadie?



... la cual se entristeció sobremanera.

—No tema usted nada, madre mía, yo estoy convencido de que aquí, en el puello, no seré nunca nada, no pasaré de una medianía; mientras que en Nueva York puedo alcanzar una gran posición y ayudarte.

—Bueno que fueras a la capital teniendo una colocación segura; pero ir con las manos en los bolsillos... Tú ya sabes, hijo mío, que no dispongo de dinero suficiente para que tú

puedas vivir algún tiempo en Nueva York, mientras buscas colocación.

—Sólo quiero que me dé usted lo suficiente para el viaje y cuatro o cinco dólares más para pasar los primeros días, luego yo ya me espabilaré.

—Siempre has estado a mi lado; te he cuidado con todo el cariño de que mi corazón de madre ha sido capaz, y ahora huyes de mí, para labrar quizás tu desgracia... ¿Dónde vas, hijo mío?

Los ojos de la madre se humedecieron, y aquellas lágrimas, lejos de ablandar el corazón del hijo, parecían insensibilizarlo aún más. Y es que cuando el álito de un amor ilícito ha emponzoñado el corazón, borra hasta los sentimientos que más ennoblecen al hombre.

—Vamos, no llores, madre mía, que es para bien de los dos. Si me quedo en el pueblo seré toda la vida un pelagatos y sólo fumaré colillas; si me voy me enriqueceré y fumaré habanos...

—Tus predicciones pueden salir fallidas... y en vez de fumar habanos te vas a tener que chupar el dedo. ¡No me abandones, hijo mío!

—Escuche madre, cuando yo sea hombre y usted vaya por la calle, ¿qué le gustará más, que la miren por encima del hombro y digan con desprecio: ahí va la madre del dependiente de Silas Rudge; o que todos se descubran diciendo: esa es la madre del multimillonario señor Garry?

—Me gustará más conservarte a mi amor y verte siempre fuerte y bueno a mi lado. Orgullosa me sentiré cuando todos digan, señalán-

dote: éste es un buen hijo que no quiso nunca abandonar a su madre.

Este pugilato entre madre e hijo, duró varios días. Por fin, la señora Beecher tuvo que acceder a la pretensión de su hijo. Este preparó su viaje. Su buena madre, si bien no pudo entregarle mucho dinero, dióle un sinnúmero de consejos que el joven oía a medio oído, casi distraído, pues tenía toda su atención y espíritu al lado de la artista que le había robado la tranquilidad.

La víspera del viaje, mientras arreglaba la maleta, Marta puso dentro de la misma un frasco de un laxante.

—No dejes, hijo mío, de tomarlo una vez por semana.

—No tema usted, lo tomaré.

—Ten presente, hijo de mi alma, las obligaciones que te impone el cuarto mandamiento: no olvides a tu madre que te ha querido y te quiere...

—No tema usted, no la olvidaré—repetía el hijo con cierto retintín.

—Piensa que tu ausencia me ha de costar muchas lágrimas...

—Ya lo pensaré, mamá.

—Cuidado, hijo mío, con las compañías...

—¿Ferrovias?

—No; con los compañeros que llegues a tener; desconfía de todos ellos.

—Desconfiaré... ¿Qué más?

—Quisiera, hijo mío, que grabaras en tu alma esto que te voy a decir.

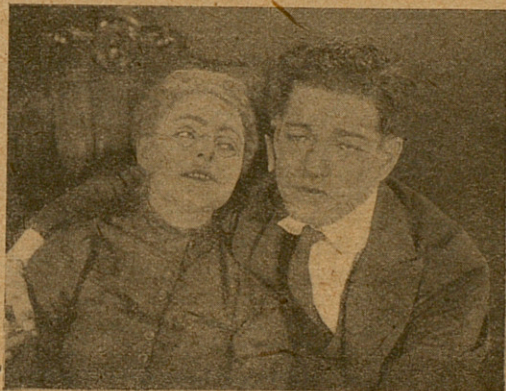
—Diga usted, ya lo grabaré.

—Si yo supiese que te ibas a Nueva York

con dos ideales, con dos nombres grabados en tu corazón, quedaría tranquila.

—¿Qué nombres son esos?

—Antes de contestarte quisiera saber si aún



Juan escuchaba con un silencio religioso las palabras elocuentes fraguadas en el corazón de su madre.

conservas para Aurora el mismo cariño que le tenías hace algún tiempo.

—Sí, madre, sí, el mismo—contestó vivamente Juan, mintiendo descaradamente.

—Creía que ya no la amabas como antes.

—¿Quién se lo ha dicho?... Sí, sí, la quiero, y...

—No me lo ha dicho nadie; pero antes siempre me hablabas de ella, cuando venía a vernos te gozabas en su compañía; pero desde que pasó por el pueblo otra mujer...

—¿Me ha puesto usted en la maleta las camisas de hilo?—preguntó azorado Juan, queriendo desviar la conversación por otros derroteros.

—Si es verdad que aún quieres a Aurora, que me parece una muchacha muy digna de tu cariño, y llevas su nombre juntamente con el mío, grabados en tu corazón, puedes partir tranquilo. Volverás al lado de tu madre tan bueno como te vas. Estos dos nombres serán los escudos que te han de salvar de los peligros que hallarás en Nueva York. Porque el nombre de tu madre será como un amuleto santo que te dará suerte mientras lo lleves con amor; y el nombre de tu futura, que me consta que te ama, será tu salvaguarda contra el hálito maléfico de otra mujer *sin amor*.

Juan escuchaba con un silencio religioso las palabras elocuentes fraguadas en el corazón de su madre; ésta, después de breve pausa y de secarse una lágrima, prosiguió:

—Piensa que Aurora es buena, juiciosa y hacendosa, que son los mayores tesoros de una mujer.

La nobleza y la fortuna son el recurso prestado de las mujeres vulgares; son armas de que jamás deben usar el talento y la virtud.

No olvides que si quitamos a la mujer el amor, la despojamos de su más bello atributo y quedará convertida en el ser más abyecto de la tierra. ¡Descofía y huye, pues, de la mujer que diga amarte sólo cuando pueda obtener de ti compensaciones materiales!

Al terminar la madre de Juan estos consejos llegó Aurora. Venía a despedir a Garry, que debía partir a primeras horas de la ma-

ñana. Aurora cenó en compañía de Marta Beecher y de su hijo. Durante la cena, la buena madre continuó sermoneando a Juan. Entrególe la medalla de Honor que su padre ganara:

—Lleva contigo la medalla de Honor ganada por tu padre y trata de emular sus virtudes.

También le entregó su propio retrato de ella, diciéndole:

—No te desprendas de esta imagen: es la de tu madre; es quien más te ha querido y te quiere en esta vida. Cuando sientas que tus fuerzas flaquean en el cumplimiento del deber, mira a tu madre; si un día la adversidad llama a tu puerta, contempla este retrato.

Después de la cena Aurora despidióse de su amigo con manifestaciones de gran cariño y acopio de lágrimas, que no emocionaron lo más mínimo a Juan: su corazón tenía ya dueño.

Garry se fué a descansar tranquilo recomendando a su madre lo despertara a las cuatro, ya que el tren tenía la salida de Spring-Hill a las cinco de la mañana.

La señora Beecher, temiendo dormirse, prefirió no acostarse aquella noche y dedicó las largas horas de la vela en trabajos de costura. Pero el ajetreo del día la habían rendido, y hacia las dos de la madrugada quedóse sumida en profundo sueño. Felizmente, Juan despertó media hora antes de la indicada para la salida del tren y vistióse precipitadamente. Al ver a su madre dormida, quiso evitarle la pena del despido. Tomó la maleta y pensó huir precipitadamente. Contempló por última vez a su madre dormida en la mecedora.—¡Ella, tan buena—pensaba—, tan cariñosa y tan amante

para mí, que se ha sacrificado trabajando para educarme!... ¡Y yo, ingrato, la abandono por un simple capricho, por una mujer!...

Parecióle oír la tierna voz de su madre que le repetía:

—Siempre has estado a mi lado; te he cuidado con todo el cariño de que mi corazón de madre ha sido capaz, y ahora huyes de mí, para labrar, quizás, tu desgracia... ¿*Dónde vas, hijo mío?*

Dos lágrimas ardientes resbalaron por sus mejillas; el arrepentimiento surgía de su alma. Iba a arrojarse a los pies de su madre gritando: —¡Madre, madre mía, abre tus brazos; si he de vivir, quiero en ellos vivir, no me dejes marchar, quería engañarte!—Mas apareció en su espíritu la esbelta imagen de Ivonne Tyler, que, sonriente, le tendía los brazos pronunciando una sola palabra: —¡Tonto!

Como si una ráfaga del abrasador simún hubiese soplado en su alma, barriendo todos los buenos sentimientos que el amor de madre había hecho surgir, sonrió y secó sus lágrimas, exclamando: —¡Qué bobo soy!—Dió un beso a su madre sin despertarla y huyó precipitadamente, llegando a la estación en el mismo instante en que el tren arrancaba.

Juan Garry, desgajando de su corazón los dos amores más santos que Dios ha puesto en el corazón del hombre—el amor a la madre y el amor a la mujer buena que el destino pone en su camino para ser su compañera—, huía en pos de un amor pasional, de un soporífero y falso amor, que por ley natural debía ocasionar su ruina moral y acarrearle su desgracia.

Despertó sobresaltada la madre al ruido del

silbido de la locomotora del tren que llegaba a Spring-Hill, corrió al cuarto de su hijo:

—¿*Dónde estás, hijo mío?*—clamaba como una loca. Al ver las ropas en desorden y la falta de la maleta, comprendiólo todo: su hijo había huído sin darle el último adiós. Corrió acongojada hacia la estación. Vió de lejos partir el convoy. Como una loca, dando gritos de angustia, precipitóse por la vía como si quisiera conseguir el tren: ¡Juan, hijo mío!... ¡Hijo mío!...—y cayó desmayada entre los rieles.

En ese mismo instante, en una de las ventanas altas de la casa de Silas Rudge, aparecía el busto de una joven despeinada y llorosa, la cual extendiendo los brazos en la dirección por donde había desaparecido el tren, exclamaba apesadumbrada: —¡Adiós, Juan! ¡Que Dios te dé suerte!...

Luego abrió un guardapelo colgado a su cuello y lo besó.

IV

—Por aquí no se puede entrar... Vaya usted por la puerta del público.

—Allí me han dicho que venga a esta puerta.

—Esta entrada está reservada a los artistas y personas empleadas en el escenario.

—Es que yo vengo a ver a una de las primeras aristas del Olimpia.

—¿Cómo se llama?

—Ivonne Tyler.

El portero se echó a reír y preguntó al desconocido con sorna:

—¿Conoce usted bien a esta *primera artista*?

—¿Que si la conozco?... Mire usted—y puso delante de las narices del conserje, que le pareció un tanto guasón, una carta de Ivonne.

El empleado, con manifiesta descortesía, leyó la misiva desde la cruz a la fecha, y luego devolvióla al patán.

—Pase, pase usted; esa *primera artista del coro* la hallará en el número 189.

Pasó Juan Garry entre cajas en el momento en que los tramoyistas cambiaban una decoración en medio de una baraúnda infernal. Después de mil tropezones con los carpinteros y decoraciones que éstos transportaban, llegó a un pasillo en donde otro engalonado empleado, que a él le pareció algo menos que un capitán general, le preguntó:

—¡Joven, joven!... ¿Dónde va usted?

Garry se descubrió humildemente saludando:

—Muy buenas noches... Busco el número 189.

—¿Por quién pregunta?

—Por la señorita Ivonne Tyler.

—En el segundo pasillo a la derecha, donde dice: «coristas», en el último cuarto.

—Gracias.

Un minuto después Juan Garry llamaba a la puerta del camerino 189. Hallábase Ivonne con otras dos coristas, sus compañeras de cuarto. Al ver al mozo que iba indumentado con su vestido dominguero, pero que demostraba a la legua su procedencia lugareña, las compañeras de Ivonne deshiciéronse en una sonora carcajada.

—¿Qué tal Garry?—saludó la corista, y sin esperar contestación, prosiguió en tono de gua-

sa: —¡Chico, qué elegante vas!... ¡Pareces una persona!

—Recibí tu carta...—dijo Juan Garry; mas no pudo terminar la frase. Abrióse la puerta y la corista fué a echarse en brazos del caballero que entraba, dejando al inexperto mancebo con la boca abierta.

—¡Kilmer!—exclamó Ivonne besando con mimo al recién llegado.

—¿Vamos?—preguntó Stuart Kilmer.

—Vamos—contestó la corista yéndose del brazo de su amigo, sin dignarse dirigir ni una mirada a Juan Garry.

Era Stuart Kilmer uno de esos seres inútiles que el destino había mimado otorgándole una inmensa fortuna, de la que se servía para fomentar la vagancia de ciertas mujerzuelas, mal llamadas artistas, que comercian con el honor, vendiendo a peso de oro—a quienes las mantienen derrochando fortunas—, el falso amor y las fingidas caricias.

Kilmer, que malgastaba en una hora miles de dólares en una joya para pagar la sonrisa de una mujer depravada, negaba el aumento de unos centavos en el jornal de las honradas obreras de sus fábricas, que eran los factores del fomento de sus riquezas. Y mientras las hembras infames, ídolos del millonario, contribuían paralelamente a su ruina y a la demolición de la sociedad, socavando los más sanos principios de la familia, fundamento del orden social, ¡las pobres obreras, bajo un régimen férreo y con un misérrimo jornal, cercenado hasta el punto de ser insuficiente para vivir, gemían en la indigencia!... ¡Oh, bestia humana, hasta cuándo tu espíritu estará sumi-

do en el cienago infamante de la degradación!

Cuando Ivonne y Kilmer hubieron salido dejando a Garry como quien ve visiones, una de las coristas díjole con tono festivo:

—¿Huyó la pájara?

—Y yo que la venía a invitar a un *dulce amor especial* o a unos *dedos de doncella*.

Una sonora carcajada de las dos coristas acogió esta ingénua salida del mozo. Este, amoscado, pareciéndole que aquellas muñecas maquilladas se burlaban de él, volviéles la espalda triste y cabizbajo. ¿Para eso había dejado a su buena madre y abandonado a aquella hermosa muchachita que tan de veras le quería?

Al llegar al pasillo, el empleado de los galones preguntóle con aire de burla:

—¿Ha visto a la Tyler?... Ahora mismo se ha marchado con uno de sus amigos. ¡Es guapa, la condenada!... Pero no se deja coger fácilmente; para pescar a esa clase de pájaros hay que ser muy rico...

—¿Sí, eh?... Y yo que creía...

—¡No sea usted cándido, joven! Para conquistar el corazón de estas artistas es preciso que sepan que a la puerta les espera un magnífico automóvil.

—Bueno es saberlo. Dentro de poco tiempo compraré este teatro, y todas las coristas se disputarán mis favores...

—Bien, hombre, bien—contestó riendo el empleado—; antes de comprarlo múdese la camisa y... ¡hágase afeitar!

—Pero usted se ha creído que soy un pelagatos y que no llevo dinero. Mire usted.

Y sacó su moquero en una de cuyas puntas llevaba atados seis dólares.

—¡Muy rico, muy rico!... Vuélvase al pueblo y comprese una albarda, joven.

Salió Juan Garry del Teatro Olimpia con el corazón oprimido. Ambuló, con las manos en los bolsillos, por calles y plazas de la gran urbe, arrepentido de haberse dejado arrastrar por una pasión insana, desoyendo los consejos de su santa madre.

Se sentó a la mesa de un café y pidió recado de escribir. ¿Cómo decir a su madre que era desgraciado a las veinticuatro horas después de salir de su casa, sobre todo habiendo hecho tanta presión sobre aquélla? Decir que era feliz, era dulcificar la inmensa pena que su partida había causado en el corazón materno.

Escribió:

«Querida madre: Nueva York es aun mucho mejor de lo que yo me había figurado. Aquí a cada paso se le ofrecen a uno ocasiones de hacer fortuna. Yo ya estoy en el camino de ello. No tardaré mucho en mandarle dinero; pero, por ahora, reciba sólo el abrazo y el corazón de su hijo

Juan.»

También escribió una postal con el encabezamiento:

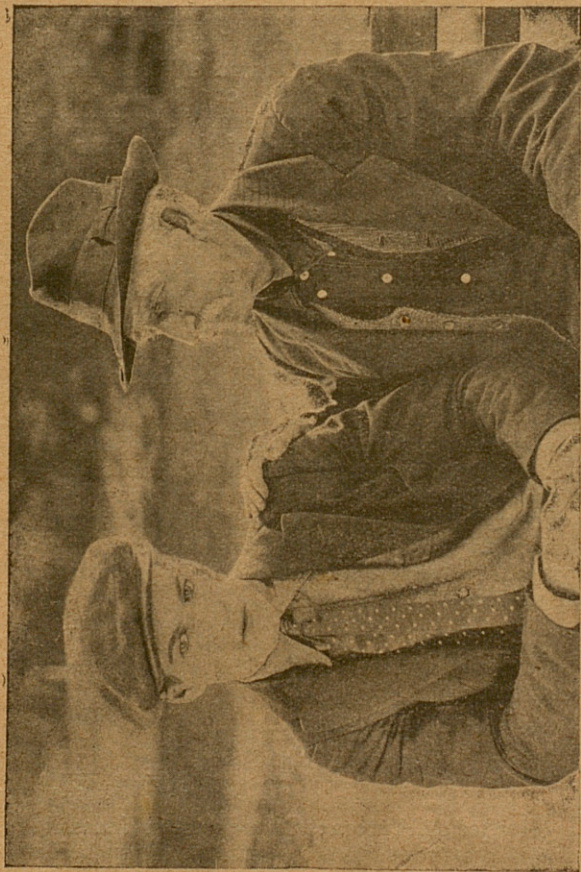
«Señorita Aurora Ower.

Banco de Silas Rudge.

Spring-Hill.

Mi querida Aurora: Cuando estas líneas lleguen a tus manos ten la seguridad de que pienso en ti tu amigo

Juan Garry.»



Si tiene usted madre vuelva a su lado...

Luego prosiguió su paseo, sin rumbo fijo, pero con la idea de ir en pos de la escondida fortuna. Paróse frente de un letrero colgado en la puerta de un fonducho: «Se necesita un fregaplatos.» —No, no,—pensó—, para fregar cazuelas bien estaba en Spring-Hill.

Al cabo de mucho andar sin hallar la fortuna que buscaba, dió con sus huesos en un parque, en donde, sentados en unos bancos, dormitaban o leían personas de diferentes sexos. Fué a sentarse al lado de un anciano canoso.

Su espíritu voló al lado de su madre y de Aurora: ellas sí que le querían y le habían dado pruebas de ello; mientras Ivonne, por quien había hecho el sacrificio de venir desde tan lejos, se había burlado de él y del presente que anteriormente le había mandado. Ni siquiera le había mirado y se había ido con uno de sus amigos... ¡Ingrata!...

Un suspiro, salido de lo más hondo de su corazón, se escapó de su pecho y sus ojos se humedecieron.

El anciano, que observaba a Garry, oyó el desgarrador suspiro. Acercósele, púsole la mano en el hombro con bondad, y preguntóle:

—Joven, ¿tiene usted madre?

—Sí, señor; ¿por qué me lo pregunta usted?

—Si tiene usted madre, vuelva a su lado; y si otra vez le asalta la idea descabellada de ausentarse de su casa en busca de ilusorias aventuras, deséchela usted como la peor de las tentaciones... ¡Se lo aconseja a usted un anciano escarmentado!...

Garry bajó la cabeza en silencio para que el viejo no viera las lágrimas que brotaban de

sus ojos. Aquel anciano había tocado en lo vivo: era la voz de la Providencia que le hablaba: —Sí, sí, antes de gastar el dinero que me queda, volveré a Spring-Hill, al lado de mi madre y de Aurora.

V

Todas las noches, después de cerrar la tienda, Aurora iba a ver a la señora Beecher, a quien hacía compañía, dulcificando su soledad. Aquella noche llegó más alegre.

—Señora Beecher, señora Beecher—gritaba Aurora, saltando de alegría—, he tenido carta de Juan.

—Yo también, hija mía. Toma, lee.

Las dos mujeres leyeron las cartas con lágrimas de alegría. ¡Juan no las olvidaba!

—Volverá—decía la madre—, volverá. Por eso cada noche coloco esa luz en la ventana, para que vea que su madre lo espera.

—¿Cree usted que no conocerá el camino?

—Como el rápido de Nueva York llega a media noche, cuando mi hijo verá la luz dirá: —Mi madre me espera.—Y es verdad, porque esa luz es emblema de la luz de mi esperanza que nunca se ha extinguido.

No se equivocaba la organista de la pequeña parroquia. En el mismo instante en que pronunciaba aquellas palabras, su hijo se acercaba a Spring-Hill, a una velocidad de ochenta y cinco kilómetros por hora.

Las sabias reflexiones del anciano que hallara en el parque, hicieron mella en su espíritu y determinó seguir sus consejos. Aquel mismo día emprendió el viaje de regreso. ¡El amor

de la madre había triunfado!... Pero no, no era el amor materno que triunfaba. Era el despecho, la impotencia, la pobreza. ¡Ah, si él hubiese tenido dinero, cómo habría humillado a aquel viejo Kilmer! ¡Luchaban con armas desiguales!...

Durante todo el trayecto vino embebido en estos pensamientos, lo cual era una prueba de que no dejaba de pensar en Ivonne.

—Si yo fuese tan rico como Silas Rudge—pensaba—, Ivonne me pertenecería, porque podría poner un automóvil a su puerta y le regalaría joyas.

Llegó a Spring-Hill con la obsesión de la riqueza. Al pasar al lado de la casa de Silas Rudge, una idea malsana se apoderó de su mente.

Tenía sed de dinero; allí abundaba; él sabía dónde y cómo lo tenía encerrado el señor Rudge. Era cosa fácil introducirse en la casa. ¡Quién mejor que él podía saberlo, que había sido dependiente de la casa!

Titubeó primero pensando en su madre. Mas apareció en su mente el cuadro de Ivonne besando a Kilmer y recobró valor para llevar a efecto el crimen que proyectaba.

Escaló las paredes de un patio adosado a la casa y con facilidad pudo llegar a la caja. Juan conocía el secreto del cofre y sabía que el señor Rudge no lo cerraba nunca con llave. Todo se verificó como Garry había previsto. Cuando abrió uno de los cajones del escritorio oyó pasos en la tienda y se acurrucó bajo la mesa de la prensa.

El señor Rudge—que aquel día había velado más de lo que solía, para arreglar unas cuentas atrasadas—, notó ruido en el despacho y entró

en él; Juan oyó como el banquero, dando un puntapié a la gata, exclamó:

—¡Maldita gata!... ¡Menudo susto me ha dado!

Cuando Juan coligió que el dueño estaba ya



Al verse tan elegante sonrió de satisfacción.

en las habitaciones altas, salió de su escondite, consumó el delito embolsando algunos miles de dólares y huyó.

Al estar en la calle vió en la ventana de su casa la lucecita que su madre encendiera. Acer-

cóse, escaló hasta la ventana y vió a su madre dormida en la mecedora con un retrato del hijo ausente entre sus manos. La visión de la santa mujer hizo brotar en el corazón del hijo el arrepentimiento, y pensó en restituir lo robado.

Mientras se dirigía a casa de Silas Rudge pensaba:

—Si entro de nuevo me pueden descubrir...

Faltaban tres horas para la llegada del tren. Pensó que si lo tomaba en Spring-Hill, podían sospechar de él, y dirigióse, a pie, hasta la estación más próxima, distante unos 12 kilómetros.

Cuando hubo tomado el tren que debía conducirlo de nuevo al lado de Ivonne, se gozaba en el pensamiento de ver a la coqueta artista arrojarse en sus brazos, besándole con pasión.

VI

Llegó a Nueva York, donde iba a triunfar: era rico. Hízose imprimir tarjetas que decían: «Mr. Garry Beecher. — Hotel Cecil. — New-York-City.»

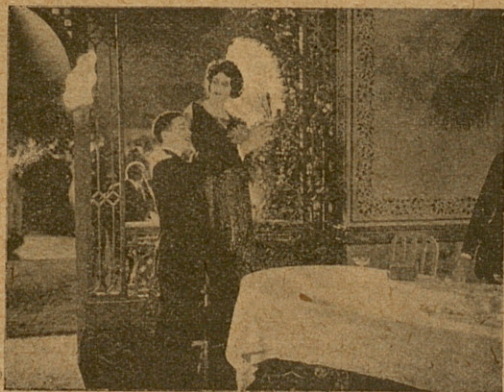
Vistióse elegantísimamente, y después de hacerse rizar el cabello en una de las mejores peluquerías, quedó convertido en un perfecto caballero.

Al verse tan elegante, sonrió de satisfacción, pensando:

—¡Ahora veremos quién triunfa, señor Kilmer!

Tomó un automóvil que le llevó al Teatro Olimpia. Ni el conserje ni el engalonado empleado reconocieron al desvencijado patán de días antes. Garry ya no se presentó a este úl-

timo con la gorra en la mano, antes al contrario, fué el de los galones quien se descubrió cuando Juan le entregó la tarjeta que debía pasar a Ivonne Tyler. Tampoco tuvo que llamar a la puerta del camerino; la abrió el empleado, diciendo: —El señor Garry.



¡Bebamos por la mujer más hermosa de los Estados Unidos, por mi mujercita!

- ¿Tú?... ¿Garry?
 —¿Qué te extraña?
 —Pero, ¿quién te conoce?... ¿Pareces un príncipe?
 —¡Porqué se puede!
 —¿Dónde has escarbado?... ¿Has asaltado algún banco?
 Garry palideció abriendo desmesuradamente los ojos, luego sonriente, contestó:
 —¿Pero tú qué te habías creído?... Soy in-

mensamente rico... Mi padre tenía unas acciones antiquísimas; de pronto, ¡pum!... se plantan en la luna y aun más altas y... héteme aquí archi... ¿eh?... archimillonario. En la puerta tengo mi auto... que te espera.

—¡¿Y vives nada menos que en el Hotel Cecil?!

—¿Pues qué?...

—¡Archimillonario!... Dame un abrazo.

—¡Qué suerte tiene Ivonne!—exclamó con envidia una de sus compañeras de cuarto, mientras aquélla abrazaba con efusión a Garry.

Lo tenía fuertemente entre sus brazos, cuando abrióse la puerta y apareció Stuart Kilmer.

—¿Qué es esto?—preguntó Kilmer con enfado.

—Amigo Stuart, lo siento; pero esta noche no puedo acompañarte; porque tengo adquirido un compromiso con Mr. Beecher, este querido amigo mío.

—Con que... ¿compromiso, eh?... Bien está... ¡adiós!...—Y salió Kilmer amoscado, maldiciendo a las mujeres caprichosas vendedoras de cariño, profanadoras del amor.

Juan Garry e Ivonne Tyler fueron a pasar el resto de la noche a un cabaret aristocrático; antro de perdición; una de esas escuelas del vicio donde se fragua la desgracia de tantas familias y se entierran tantas fortunas.

Ivonne—antes tan indiferente—, con el fin de limpiarle los bolsillos, estuvo con él amabilísima y dióle pruebas de gran cariño, que el inexperto joven aceptó como de buena ley. Le hizo cometer mil locuras y beber en demasia. La traviesa artista, después de la cena, de pie

en una silla, lo presentó a los habituales concurrentes al cabaret y a sus amigas:

—Señores, les presento el más rumboso caballero y uno de los millonarios de más postín de Nueva York, Mr. Juan Garry, mi mejor amigo.

Juan rodeó con su brazo izquierdo a Ivonne por el tallo, y levantando en su diestra una copa de champagne, brindó:

—¡Bebamos por la mujer más hermosa de los Estados Unidos, por mi mujercita!

Durante unos días Ivonne Tyler y Juan Garry fueron de fiesta en fiesta. La corista se pegó a Juan como una lapa a la peña, no dejándolo ni a sol ni a sombra, con el fin de sacarle todo el dinero que pudiese. Obtuvo de él regalos de gran valor, sobre todo en joyas, llevando ambos vida de príncipes.

Ya no se acordaba de su madre. Esta, después del robo verificado en casa de Silas Rudge, le escribió, dirigiendo su carta a *lista de correos*, las siguientes líneas:

«Muy querido hijo mío: El pueblo todo está consternado porque hace pocos días fué robado el Banco de Silas Rudge, y muchos infelices quedarán en la miseria. También el golpe repercutirá en nuestro hogar, pues tú ya sabes que yo tenía todos mis ahorros en ese Banco. No te preocupes por eso: yo trabajaré día y noche para contrarrestar este terrible golpe... Te abraza tu madre,

Marta.»

La carta llegó a sus manos y llególe al corazón la pena de su madre; mas pronto le distrajerón las falsas carantoñas de Ivonne.

* * *

La organista de Spring-Hill, hacía ya bastantes días que no tenía noticias de su hijo. Dos después de su partida, ella y Aurora habían recibido una carta. Aquella noche se había dormido la madre con un retrato de Juan en las manos y parecióle que por la ventana de su estancia, donde ella colgaba todas las noches un farolillo, había aparecido la imagen de su amado hijo...

—Pero no— se decía—, fué una alucinación de mi mente... Mi hijo ya no se acuerda de mí.

Sentóse al armonio y cantó acompañándose ella misma:

«¿Dónde estás, dónde estás, hijo mío?

¿Olvidaste mi amor?

Yo sin ti moriré de hastío,
sin ti siento pavor.»

Cuando terminó de cantar, unos brazos se posaron en su cuello, era Aurora que había escuchado la lamentación, situada detrás de ella. La joven le estrechó la mano:

—¡Dios mío!... ¡Siempre con esa mortal tristeza!... Cuando Juan no escribe es que está bien... Si usted continúa con esta tristeza, enfermará.

—No puedo ya más, tengo que saber si mi hijo es feliz...

Al día siguiente, con el fin de inquirir noticias de su hijo, la señora Garry fué a consultar—ignorándolo Aurora, por supuesto—, a una adivinadora o echadora de cartas, la cual, con el fin de esquilmar a los ignorantes lugareños, había sentado sus reales en Spring-Hill,

haciendo creer a los incautos que, por medios sobrenaturales, adivinaba el porvenir y la situación de las personas ausentes y hasta de los muertos.

Hízola entrar la adivina en un cuarto mal



La joven estrechóle la mano.

iluminado por una vela amarilla, tapizado de rojo y negro. En el centro de la habitación había una mesa, y en el centro de ésta, una calavera y una baraja.

Esperó la señora Beecher más de media hora en el cuarto misterioso, mientras la pitonisa, en un departamento inmediato, se dedicaba a los conjuros adivinatorios. Apareció por fin la bruja.

—Señora—dijo a la desconsolada madre, en un tono de misterio, al propio tiempo que tomaba entre sus manos la misteriosa baraja:

—Ya lo sé todo, todo.

—¿Sí?... ¡Ay, cuánto me alegro!

—¡Todo!... ¿Ve usted?—Y tiró una carta sobre la mesa. —¡El as de espadas!...

—¿Y qué?

—El as... ¡soledad!; espadas... ¡dolor!... A usted la aqueja un gran dolor moral, una pena le roe el corazón.

—Sí, sí... ¿cómo sabe usted?...

Fácil era colegir por las facciones de la señora Beecher que estaba apenada.

Poco trabajo tendrían los espíritus en comunicar esa impresión a la adivinadora; bastaba tener ojos para leerlo en el rostro de la consultante.

—Todo se lo iré diciendo...; pero antes, una pregunta: ¿Ha perdido usted recientemente a algún miembro de su familia?

—Mi esposo murió hace siete años... No sé si mi hijo habrá muerto, porque marchó a la capital hace ya dos meses y no tengo noticias de él. Precisamente quiero saber de él. Pregunte usted a los espíritus...

—No hable usted más, buena mujer, le digo que lo sé todo. Coja usted una carta... pásesela por la frente... ¿Qué palo es?

—Espadas.

—¿Qué carta?

—El ocho.

—Ocho por ocho: sesenta y cuatro. Dentro de cuatro días, hará sesenta y cuatro que su hijo partió de su lado. ¿Es eso?

—Hace dos meses justos.

—¿Ve usted?... Sesenta días, luego dentro de cuatro... Le digo que lo sé todo.

—¡Es maravilloso!—exclamó estupefacta la

consultante sin parar cuenta que ella misma había dado antes la clave para tan *estupenda* adivinanza.

—Si usted se contenta con datos generales, dos dólares; si usted quiere datos concretos, cuatro.

—Dígame todo lo que sepa de mi hijo.

—Su hijo está en Nueva York—prosiguió la pitonisa poniendo sus dos dedos índices en las cuencas de la calavera—, es muy trabajador... está tan ocupado que no tiene tiempo de escribir a su madre... es un buen chico a carta cabal... y se acuerda de su madre... a quien ama tiernamente.

Al oír estas palabras la señora Beecher desarrugó el entrecejo y exclamó:

—¡Qué feliz soy!... Mi Juan es un buen chico y me quiere.

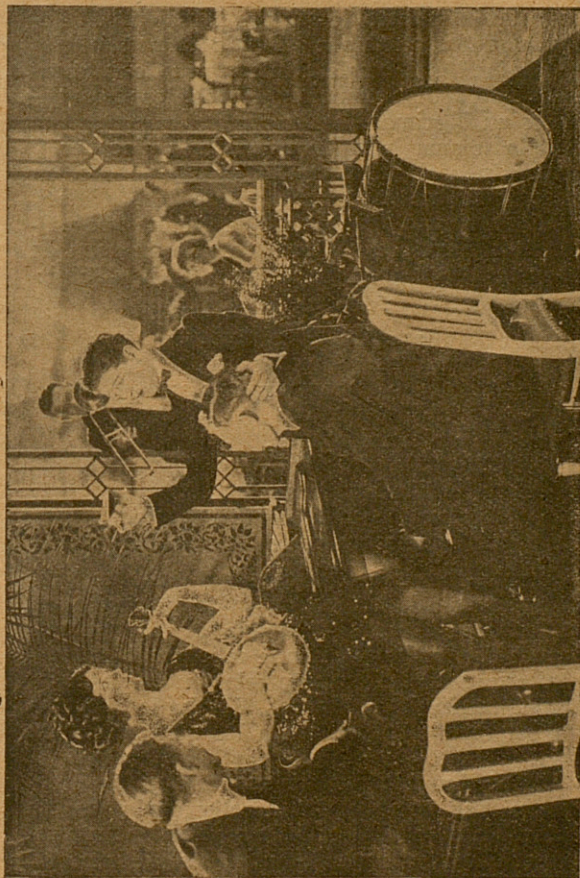
La pitonisa se había lucido; no había acertado ni una por casualidad. Pero cobró por el camelito cuatro dólares como cuatro soles y la buena señora Beecher fuése contenta y... engañada.

VII

Siete meses hacía que Juan Garry llevaba una vida de crápula al lado de aquella mujer nefasta, sin que su madre supiera nada de él.

Llegó la Navidad de aquel año: Cuando la campana de la pequeña parroquia llamó a los fieles a la ceremonia de media noche, la señora Beecher y Aurora se dirigieron a la iglesia con el pensamiento fijo en Juan.

Empezó la ceremonia entonando los fieles, acompañados al órgano por la señora Beecher, el Salmo de David en el que el Real Profeta se



Juan Garry cantaba delante de Ivonne que pulsaba un banjo

dolía de la muerte de su hijo Absalón. Al llegar a aquellas palabras: ¡*Dónde estás, hijo mío, hijo mío Absalón!*!, la atiplada voz de la organista subrayólas emocionada con los ojos bañados en lágrimas.

A la misma hora en que Marta Beecher y Aurora pensaban, al cantar estas palabras, en el ser amado; en un cabaret de Nueva York Juan Garry cantaba delante de Ivonne que pulsaba un banjo, levantando en alto su copa de champagne, y acompañado por el jazz-band:

Mujercita que vas a estas horas
que vas a estas horas
en pos del placer,
en mi pecho te apoya y a solas
te diré quedito
todo mi querer.

Daréte todo, todo mi oro
si tu cariño puedo gozar.
¡Oh, Ivonne mía, vente conmigo,
y así en mis brazos feliz serás!

Y mientras el corrido joven entonaba un himno amoroso a la mujer, causa de su perdición, la hermosa Aurora—teniendo abierto en sus manos el guardapelo, donde conservaba la margarita que un día Juan entrelazara en su dedo, como prenda de su amor—, lloraba la ausencia del ser amado arrodillada a los pies de Marta.

Quiso Aurora, por un sentimiento de amorosa piedad hacia Marta Beecher, dulcificar su dolor. Pensó en imitar la letra de Juan fingiendo ser él quien escribía. Valiéndose de la postal que a ella le escribiera el joven, recién llegado a Nueva York, imitó a la perfección la letra

de él y valiéndose del cartero a quien pidió aquel favor, hizo llegar a la afligida madre una cariñosa carta que ella creyó auténtica. Al llegar Aurora aquel día de Navidad a comer con la viuda, ésta, con trasportes de júbilo, leyóle la carta de su hijo—así lo creía ella—en la que, al final también había unas palabras cariñosas para Aurora. Ambas celebraron aquella noticia con los transportes de una gran alegría.

Aquel día, al acostarse la señora Beecher, pensaba con gran contentamiento:

—¡Bien lo adivinó la echadora de cartas!

VIII

—Señorito, un caballero insiste en verlo a usted a todo trance.

—¿A estas horas?

—Ha entregado esta tarjeta.

Juan Garry, que se estaba terminando de vestir, leyó: «J. P. Mac Mahon—Gerente de la Sociedad de Banqueros y Joyeros.»

—Dile que entre.

Garry se puso la americana y a poco entró en su habitación del Hotel Cecil, donde se albergaba, un caballero alto, elegante, distinguido.

—¿El señor Garry?

—Servidor.

—Ayer dió usted un cheque en pago de un brillante y dicen en el banco que su firma no vale ni una ciruela.

—¡Caballero! ¿esto es una broma?

—No, es un sablazo; es decir, no: eso fué un timo. Porque entregar un papel mojado en

cambio de un brillante valorado en cuatro mil dólares... ¡usted dirá!... Con que... o me entrega usted el dinero o me devuelve el brillante.

—En este momento no tengo aquí dinero.

—Pues venga el brillante...

—Lo regalé a mi amiga la actriz Ivonne Tyler.

—Entonces el juzgado se encargará de arreglar este asunto.

—Caballero, me parte usted por el eje. Le ruego que se espere veinticuatro horas.

—Está bien, dentro de veinticuatro horas volveré.

—No, no volverá, se lo aseguro. ¡Gracias, señor Mac Mahon!

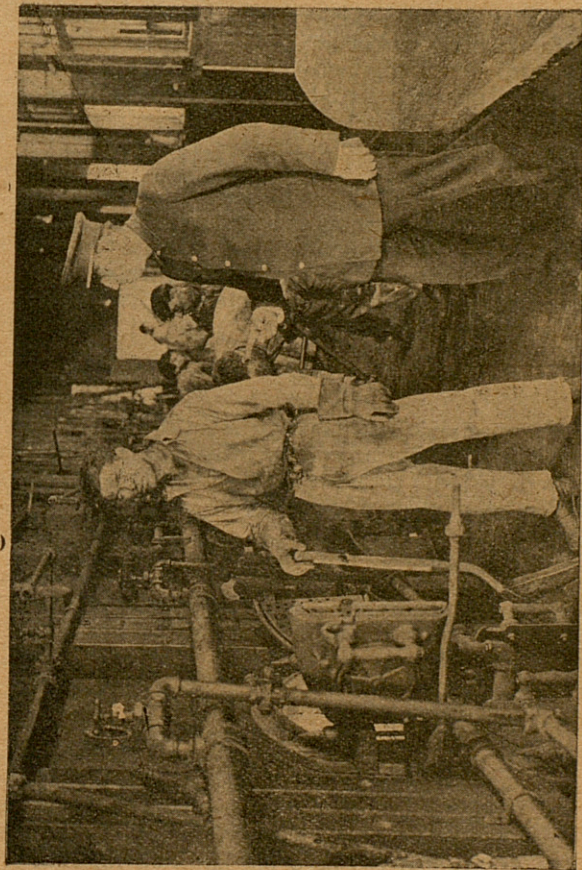
Una hora después hallábase Juan Garry en casa de su amiga Ivonne, de quien obtuvo, a regañadientes, que le devolviese el brillante, con lo cual pudo tapar aquella rapisonería. Pero fué una solución momentánea; pues ahora veíase entrampado hasta el cuello y sin un dólar. Era inútil recurrir a su ex-amiga. El porvenir se presentaba muy oscuro, y entonces fué cuando se operó en su alma una saludable reacción.

Era joven. Pensó en buscarse trabajo.

Un día se hallaba formando cola delante de una fundición, en compañía de otros que solicitaban trabajo. Un viejo se le acercó:

—Joven, su cara de usted no me es desconocida... ¿Se acuerda de un consejo que le di un día sentados en un banco de Wasington-Park?... Ya irá usted palpando las consecuencias de haber abandonado a su madre.

El encuentro del anciano canoso removi



Entró como fogonero en una fundición

aun más su conciencia y le impulsó a trabajar para devolver lo robado.

Entró como fogonero en la fundición y al cabo de dos meses pudo ahorrar cien dólares, que mandó a Silas Rudge, en valores declarados, con la siguiente carta:

«Señor Silas Rudge: Le incluyo cien dólares a cuenta de la suma que sustraje de su Banco, la cual le restituiré íntegramente de un modo paulatino, con mi honrado trabajo, si Dios me da salud y usted no trata de averiguar quien soy.»

IX

Comprendió Juan Garry que en toda su vida no llegaría a juntar con su trabajo la cantidad robada y tomó una determinación valiente. El había regalado a Ivonne Tyler joyas de gran valor.

—Iré—pensó—, le confesaré la verdad y, si tiene un poco de corazón y me conserva algo de cariño, coadyuvará a mi regeneración.

En efecto, antes de ir al trabajo se presentó en casa de su amiga.

—¿A estas horas?

—Sí, rica; para pedirte un favor.

—Con tal que no quieras dinero...

—Me vas a prestar por unos días las joyas que te he regalado.

—Hijo, lo que se da no se quita. Ahora las joyas son mías.

—Tuyas, tuyas; pero me hallo en un compromiso y tú me puedes sacar de él. Escucha. El dinero que juntos hemos gastado lo había

robado. Ahora quiero devolverlo. Así es que me vas a ayudar en esta buena obra...

—¡Anda que te zurzan!... ¿Habrás visto? ¡Venir a quitarme lo que me dió!

—Te digo que...

—¡Anda allá!... ¿No tienes dinero?

—Lo tendré; me hallo hoy en un compromiso...

—Si no tienes dinero, lárgate de aquí... Me has engañado.

—Cálmate, mujer. Déjame que me explique. Aquí ha habido un lamentable error... Si no me entregas las joyas, me presento para que me metan en la cárcel.

—¿Y a mí qué?... El lamentable error lo cometí yo al entregarme a ti... No he sufrido jamás tamaña humillación... ¡Y pensar que eres tú quien me la inflige, tú a quien entregué mi *cuerpo honrado*!... ¡Vaya, todo acabó entre nosotros!... ¡Vete!

—¡Miserable!...—rugió Garry cerrando los puños y amenazando arrojarlos sobre ella.

Pensó Ivonne que ella llevaba la de perder y, fingiendo un cambio brusco, le apaciguó:

—Vamos, tonto no te pongas así. Es una broma. Ya te daré todas mis joyas... ¡Espera!

Había pasado por su mente una idea infernal, sólo concebible por una mente depravada, por un corazón empedernido. Fuése a su tocador y llamó por teléfono:

—Que venga un inspector de policía a Bolívar, 487. Hay un estafador en mi casa.

Luego cogió sus joyas, entre ellas un valioso collar, y se las llevó a Garry:

—Toma, Juanín, monada mía. Si no tienes suficiente te traeré otras joyas.



—Repáre, señor Inspector, que soy un amigo de esta señorita a quien yo había regalado estas joyas.

—No, no; ya tengo suficientes. Cree, Ivonne mía, que me das la vida. Y te lo agradeceré.

Quiso marcharse Juan; mas la artista lo retuvo con mimos y carantoñas hasta que se presentó el inspector de policía llamado por teléfono. Entonces Ivonne levantóse y señalando a Garry, dijo al inspector:

—Eche usted el guante a este joven; acaba de robarme mis joyas.

—¿Yo?—clamó Juan levantándose y echando fuego por los ojos.

—Sí, usted. Regístrele. Este hombre es un ladrón.

—¡Malvada!—rugió Garry.

El inspector registró al joven y hallóle, en efecto, las joyas que Ivonne le había prestado. Juan Garry fué esposado fuertemente.

—Repáre, señor inspector, que soy un amigo de esta señorita a quien yo había regalado estas joyas y que ahora ella me devuelve.

—No es cierto—mintió Ivonne—; no conozco a este joven y ha entrado aquí para robarme.

El inspector no quiso oír más y llevóse a Garry a la delegación y luego, a la cárcel.

Días después tuvo lugar el juicio, y Juan Garry fué condenado a diez años de presidio.

Lo memorable de este juicio, que lo abrevió sobremanera, fué que se presentó como víctima, acusador y testigo una sola persona: Ivonne Tyler. Y aunque fuese falsa en este triple aspecto, el presunto ladrón fué condenado a la pena dicha.

Todos los periódicos de Nueva York publicaron la noticia en gruesos caracteres.

Al día siguiente, por la noche, Aurora leía

un periódico a la señora Beecher, como tenía por costumbre todas las noches. Leyó un gran título: «Un joven es condenado a diez años de presidio por robar unas joyas a una artista.» Después de leído este título hizo Aurora



... había visto el nombre de su novio.

una pausa y palideció: había visto el nombre de su novio. Para evitar a la madre de Juan tan terrible pena, substituyó el nombre de Juan Garry por otro imaginario, y leyó:

«El conocido deportista *Pedro Smith*, detenido en el momento de arrebatar sus joyas a *Ivonne Tyler*—aunque él alegó en su defensa que se las había regalado él mismo, retirándose al romper con ella—, ha sido condenado por sus jueces a diez años de presidio.»

—Si este joven tiene madre—observó la señora Beecher—, hay para que se muera de pena.

Aurora hizo desaparecer el diario para que la buena señora no pudiera enterarse. Por su parte, disculpó interiormente a su novio no creyéndole capaz de cometer acción tan repugnante, y lloró su triste fin. Sacó del guardapelo la margarita y la besó regándola con sus lágrimas.

Juan Garry aceptó resignado los trabajos forzados que se le impusieron, pensando que si no había cometido la falta por la que se le condenaba, merecía un castigo mucho mayor por el robo del Banco Silas Rudge. Su comportamiento digno, en el penal, llamó sobre él la atención de sus jefes que le apreciaron mucho.

Mientras cumplía su condena, el jefe del presidio se disponía a pasar una revista de inspección. Algunos de los reclusos complotaron contra la vida del jefe, y éste pudo salvarse gracias a la intervención providencial de Juan Garry.

Aquel día fué llamado Juan por el jefe:

—Joven, eres un bravo. Hoy me has salvado la vida y no olvidaré este favor.

Juan escribió a Aurora, diciéndole entre otras cosas:

«...Cuida de mi madre. Procura que ignore mi paradero, si es que no lo sabe ya... Mi único consuelo durante los diez interminables años que he de pasar aquí, será el pensar que hay dos seres que me aman, que no me creen culpable, y que esperan con los brazos abier-

tos el instante que yo tanto ansío, de arrojar-me en ellos... Fuí perdido por una mujer por no haber sabido yo distinguir el verdadero del falso amor... Sé que tú me amas de veras, no obstante mi mal comportamiento... Perdona, Aurora, a tu *Juan.*»

Aurora contestó a su desgraciado novio una carta muy consoladora; decíale:

«...Si tu sentencia es injusta, sufre con resignación la pena a que te han condenado la perfidia de una mujer y el error de los jueces, como castigo por haber desoído la voz de tu madre. Entre tanto, ésta continuará ignorando cual es tu triste suerte; y yo pediré al cielo que se apiade de ti.

Ahora que sufres y eres desgraciado te quiere más que nunca tu *Aurora.*»

Gran consuelo causó a Juan esta carta que leió infinidad de veces y siempre con lágrimas en los ojos.

El director del penal al ver, durante uno de los momentos de descanso de los trabajos forzados, que Juan leía emocionado la carta de Aurora, preguntóle:

—¿Carta de tu madre, eh?

—No, señor, de otra mujer que me quiere y no me cree culpable. Mi madre ignora donde estoy... ¡Ah, si mi pobre madre supiera que su hijo gime en un presidio, moriría de pena!

—Tienes suerte, Juan, en medio de tu desgracia, pues hay quien te aguarda cuando salgas de aquí. La mayoría de tus compañeros de prisión no tienen a nadie al salir; por eso

hay tantos que vuelven otra vez... Háblame de tu madre, Juan.

—Mi madre es una santa... Es organista de la parroquia de Spring-Hill.

Juan se arrancó en un llanto acongojado al pensar en su madre.

La sirena llamó a los penados a sus trabajos de fuerza.

* * *

Hacia días que en el penal se venía fraguando un motín para facilitar la huida de los reclusos. En un día y hora determinados debían echarse sobre los centinelas y guardianes, apoderarse de la máquina que servía en el tren de las canteras y huir los amotinados.

Los conjurados eran numerosos y bien avenidos y el plan bien fraguado.

Llegó el momento del golpe: durante el reemplazo de la guardia cayeron sobre cada centinela media docena de amotinados. Ya con armas éstos, pusieron en respeto a los guardianes y a los reclusos quedados fieles, que eran los menos y entre ellos se contaba Juan Garry.

El Director del penal había sido maniatado y puesto en el tren que debía conducir a los jefes del motín, los cuales lograron huir.

Juan Garry—puesto desde el primer momento al lado de los defensores del orden—, logró apaciguar en parte el motín. Mas no la huida de los promotores del mismo.

La máquina había sido lanzada a toda velocidad. Varios automóviles de la policía fueron lanzados en persecución del convoy. En uno de aquéllos iba Garry.

Después de una desenfadada carrera a ve-

locidades verdaderamente fantásticas, pudo adelantarse a la máquina de los cabecillas del r ovimiento, el automóvil donde iba Garry. Este subió a un puente bajo del cual, minutos después, pasaba el tren de los fugitivos.

Con un valor sin igual y exponiéndose a ser víctima de su arrojo, dejóse caer sobre el tren. Llegó al vagón en donde iba el jefe del penal, lo desató y ambos saltaron hasta la máquina poniendo en jaque a los ocupantes, quienes fueron esposados.

Pero en aquel instante notaron que por la misma vía, y en dirección contraria a la de la máquina en donde iban, llegaba a toda velocidad otra locomotora: el peligro era inminente. Juan Garry y el Director del penal, de pie sobre el ténder, veían próximo el choque, unos minutos más y todo habría acabado para ellos.

Exponiéndose ambos, mientras la máquina volaba a su ruina, cogiéronse ambos, al vuelo, a una de las mangas que sirven para proveer de agua a las locomotoras. Dos segundos después las dos locomotoras volaban en una confusión horrible, pereciendo en la catástrofe los cabecillas, promotores del motín.

Su heroísmo fué ponderado en la orden del día del presidio. «Se perdona a Juan Garry el resto de la pena», decía el cartel de anuncios oficiales, fijado en la tablilla.

El jefe volvióle a felicitar:

—Vuelva usted a su hogar, y procure portarse en todas parte y ocasiones como un hombre de bien.

Al salir de presidio, Juan no quiso aun presentarse a su madre. Quería completar su obra

de regeneración, antes de comparecer ante ella.

Gracias a las recomendaciones del jefe del presidio pudo obtener una colocación espléndidamente remunerada.

Así pudo, en un lapso de tiempo relativamente corto, pagar a Silas Rudge la cantidad que le había sustraído.

Cuando hubo terminado su obra de restitución, dirigióse a Spring-Hill.

Al llegar a la aldea y pasar cerca del cementerio, asaltóle un temor: —¿Vivirá aún mi madre?

Parecía como si los cipreses del camposanto, pálidamente iluminados por la claridad de la luna, le diesen la contestación a su pregunta, señalando el cielo: —¡Está allá arriba!...

Miró, por la reja de la puerta, el lugar sagrado, y le pareció como si un rayo de luna proyectado en forma de cruz sobre la tierra sagrada, le señalase el lugar donde estaba enterrada. Cayó de hinojos, se estremeció su corazón y se nublaron sus ojos:

—¡Perdón, madre mía, perdón!...—exclamó.

Mas notó que alguien le tocaba, volvióse y vió a su lado a Max, el perro fiel de su casa que le lamía los pies y movía la cola, en ademán de gran alegría. Púsose en pie, y el can le guió hasta su casa.

En la ventana centelleaba una lucecita: era el faro de su esperanza. Al llegar cerca de la puerta oyó una armonía triste, en un tono menor; era como una lamentación, el triste lamento de una madre desolada. Luego una voz atiplada dibujándose sobre las notas del armónico. Se paró para oír:

«¿Dónde estás, dónde estás, hijo mío?

¿Olvidaste mi amor?

Yo sin ti moriréme de hastío,
sin ti, siento pavor.»

¿Dónde estás, dónde estás?...

—¡Aquí, madre mía, aquí!—gritó Juan al mismo tiempo que el perro ladraba arañando la puerta con las patas delanteras.

la puerta y el hijo pródigo caía a los pies de su madre, mientras ésta apretaba la cabeza del

Se oyó un grito dentro de la casa... Abrióse hijo amado contra su corazón.

—¡¡ Madre !!

—¡¡ Hijo !!

Hablaron las lágrimas y los sollozos el más elocuente de los lenguajes: palabras de perdón, de amor, de olvido.

La madre levantó al hijo amado que aun permanecía arrodillado en la entrada, y sin pronunciar sus labios una sola palabra penetraban en el hogar santo, de donde no debiera haber salido nunca el hijo engañado por el canto de una sirena.

—¡ Bendito sea el Señor que me ha proporcionado esta felicidad !

—¡¡ Madre mía !!

—Bésame, hijo querido; así... como cuando eras pequeño.

—¡ Perdón, perdón !...

—Mi primer abrazo ha sido de perdón... Una madre perdona siempre...

—¿ Y Aurora ?

—Está aquí, en esta habitación. Hace ya algún tiempo que vive conmigo. Gracias a ella no he muerto de pena.

—¡ ¡ Juan ! !—pronunció Aurora, saliendo de su cuarto.

—¡ ¡ Aurora ! !—exclamó Garry.

Parecióle a Juan Garry que Aurora había ganado en hermosura, y era verdad. ¡ Qué diferencia de las mujeres mundanas que había frecuentado en sus tiempos de perdición !...

—¡ Qué torpes los hombres—pensó Juan—que van en pos de la mentira, de la falsedad, de la ficción; teniendo tan al alcance de su mano, la verdad, la realidad, la hermosura verdadera !

—Mira, Juan, aun conservo esta margarita; ¿ la recuerdas ?

Dijo Aurora abriendo el guardapelo que llevaba colgado al cuello.

Dos lágrimas asomaron en los ojos de Garry, y contestó:

—La recuerdo, Aurora, fué el anillo de prometida. Guarda esa flor, que rememorará nuestro primer amor. Con permiso de *nuestra* madre voy a regalarte el anillo de nuestros desposorios.

Garry sacó de su bolso un estuche que contenía un anillo precioso y se lo puso en el dedo.

—¡ Gracias, Juan mío !...

La madre contempló aquel cuadro con una dulzura inefable. Ella creía perdido a su hijo y Dios le recompensaba la conformidad a su voluntad, dándole dos.

La campana de la pequeña parroquia de Spring-Hill, timbrada por un sol de fiesta, repica alegremente, mientras el órgano esparce en el espacio las notas alegres de una marcha nupcial: Juan Garry y Aurora Ower se han unido para siempre al pie del ara santa.

II EXITO FENOMENAL II

DE

EL SIGNO DEL ZORRO

por

DOUGLAS
FAIRBANKS



Ya está a la
venta la

SEGUNDA
EDICIÓN

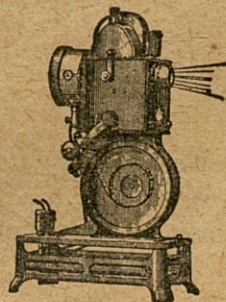


A TODOS LOS AFICIONADOS AL CINE

Atentos siempre a proporcionar a todos los aficionados y a nuestros lectores en particular (que son ya legión), el máximo de ventajas y novedades,

BIBLIOTECA FILMS

abre un concurso, el cual esperamos será del agrado de nuestros buenos amigos, ofreciendo como premio otro aparato



Pathe-Baby

El cine de familia

con tres películas

cedido por la Casa concesionaria, idéntico al sorteado entre los poseedores del primer número de

BIBLIOTECA FILMS

en su sensacional publicación de ROSITA,

Concurso n.º 1

Fuga de consonantes

E . . . E . E . . I . . O

Adivinar el título de esta película, cuyo estreno se efectuará la próxima temporada, y constituirá la mayor creación de un AS de la pantalla, artista mimado de todos los aficionados, cual argumento tendremos el honor de ofrecer en breve.

. O A O . E

Nombre y apellido de un artista de Cine cuyo apellido es doblemente conocido

Los concursantes deberán llenar el cupón que acompañamos, indicando nombre y apellidos, domicilio, residencia y, muy claramente, las dos soluciones objeto del presente concurso.

En el supuesto de que fueran varias las personas que mandasen soluciones acertadas, se sorteará el premio entre ellas.

Con el fin de dar más carácter de seriedad al concurso, tendremos el gusto de invitar, para que sirvan de testigos del sorteo, a los seis concursantes que sean los primeros en mandar soluciones, quienes firmarán un acta que será publicada en el número correspondiente al 20 de julio próximo.

Concurso n.º 1

CUPÓN

Nombre y apellidos

Domicilio

Población

Provincia

Título de la película

Nombre del artista

Las soluciones se remitirán bajo sobre a nuestra redacción: Urgel, 40, 2.º, 2ª, antes del día 10 del próximo mes de julio.

031 BFI(12)

NOVELAS SELECTAS PUBLICADAS

- N.º 1 **Rosita**, protagonista: *Mary Pickford*. . . 1 pta.
» 2 **No se fie de las apariencias**, por *Lil Dagover*.
Postal de *Mary Pickford*. 30 cts.
» 3 **Lorna Doone**, creación de *Magda Bellamy*.
Postal *Charles Chaplin* «Charlot» . . . 25 cts.
» 4 **La voz de la mujer**, por *Dorothy Philips*.
Postal *Douglas Fairbanks* 50 cts.
» 5 **¡Cuidado con la curva!** Protagonista: *Helene*
Chadwich. Postal *Lil Dagover*. 25 cts.
» 6 **El león de Venecia**. Protagonista: *Grete Rein-*
wald y *Olaf Fjord*. Pos. *Magda Bellamy* 25 cts.
» 7 **La Rosa de Flandes**. Protagonista: *Raquel*
Meller (2.ª ed.) Postal: *Raquel Meller*. 50 cts.
» 8 **Ensueño**. Protagonista: *Brabant* y *Signoret*.
Postal de *Andrés Rouanne* 25 cts.
» 9 **Sherlock Holmes**, por *John Barrymore*. Postal
Dorothy Philips. 25 cts.
» 10 **Las esposas de los hombres pobres**, crea-
ción de *Bárbara La Marr*. Postal de *Helene*
Chadwich 25 cts.
» 11 **El Signo del Zorro**, 2 ediciones, por *Douglas*
Fairbanks. Postal: *Douglas Fairbanks*. 25 cts.

Próximo número 30 de junio

Sublime tragedia

LUISA MILLER

Lil Dagover y Paul Hartmann

Obsequio de la postal que Vd desea: **Ramón Navarro**

Exija usted siempre en todos los kioscos

BIBLIOTECA FILMS

"Título de la supremacía"

Rehuse las mixtificaciones de nuestro nombre soberano

Imp. de DOMINGO GARROFÉ, Villarroel, 12 y 14 : BARCELONA